

Editorial

Los mexicanos vivimos, simultáneamente, situaciones de zozobra y tranquilidad: los mayores índices de violencia en el mundo y la cobertura casi universal de la seguridad básica en salud; situaciones reprochables como un arreglo institucional que desembocó en lo ocurrido en la guardería ABC en julio de 2009 –y en la inconclusión de su proceso judicial hacia agosto de 2012–, frente a destacables despliegues ciudadanos y gubernamentales, como la asistencia y la atención de millones de alumnos que inician un nuevo ciclo escolar.

De cara a un proceso de transición del partido a cargo del Poder Ejecutivo, asistimos a una manifestación de parte de algunos sectores de la sociedad para que la educación se disponga de tal manera que contribuya, realmente, a la promoción de la democracia, la paz, la libertad y la justicia que, dando tumbos, intentamos construir en México.

Quienes contribuimos a la formulación y al análisis de las políticas públicas en educación nos preguntamos sobre los ajustes o las transformaciones necesarias para que nuestro sistema educativo sea realmente tal –es decir, que propicie la convivencia democrática, que es el diseño político más justo, libre y, por lo tanto, pacífico que los humanos hemos configurado–. Lo anterior tiene en la raíz, según nuestro juicio, no una educación para la llamada “sociedad de la información” o “del conocimiento”, como se argumenta en los actuales planes de estudio de nuestro subsistema de educación básica, sino la necesaria para configurar sociedades de la inteligencia, de la sabiduría, del cuidado.

En las expresiones globales de nuestra convivencia queda claro que la tecnología, la conexión intraplanetaria y la información no son suficientes para mejorar nuestras vidas radicalmente, ni en su dimensión individual, ni en la social. La globalidad en la que México participa de manera plena, hoy en día, parece no solo proponernos, sino imponernos —en la creciente implicación social entre todos los humanos, y natural-cultural entre todo lo planetario y nosotros—, cuidarnos a nosotros mismos, cuidar a los demás, cuidar lo otro. Si la humanidad no se cuida a sí misma y a su entorno, desaparecerá como especie.

Este horizonte ético del cuidado inteligente, concreto y efectivo no se nos plantea como utopía futura, mucho menos como nostalgia del pasado o temor a él; se nos abre en el presente como necesidad real, atendible en la educación, no solo familiar, sino escolar y, por ende, pública. No menos que desde un paradigma educativo radical y riguroso como este es que hemos de plantearnos la reconfiguración de nuestro sistema educativo nacional, cuya expresión prioritaria son, en cada una de las escuelas y aulas, los alumnos que aprenden y los docentes que propician oportunidades de hacerlo.

Poner a la escuela en el centro del sistema y al aprendizaje en el centro del aula y la escuela sigue siendo una de las transformaciones más relevantes y urgentes para la educación pública mexicana —el CEE ha insistido en ello por lo menos desde hace una década, durante el acompañamiento al Programa Escuelas de Calidad y al rediseño de la Subsecretaría de Educación Básica—. Lo anterior implica, sigue implicando, la construcción de un real y amplio acuerdo nacional respecto a lo que los alumnos han de aprender, lo que los maestros han de enseñar y las maneras de gestionar una escuela con calidad, con un enfoque de mejora continua. Esa construcción ha de trascender, en consecuencia, los intereses particulares de los grupos de poder, con la pretensión de democracia, paz, libertad y justicia —es decir, de inteligente autocuidado y cuidado de los otros— que se espera del sistema educativo mexicano.

